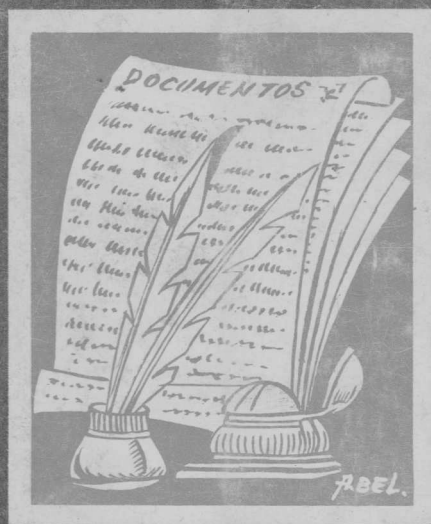


VALENTIN ABECIA BALDIVIESO

Ciencia y Metodología de la Historia



LIBRERIA EDITORIAL "JUVENTUD"

LA PAZ — BOLIVIA



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN DEL NUEVO ESTADO, INFORME DE 1826, GEOGRAFÍA DE BOLIVIA, LIBROS DE HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA, HISTORIOGRAFÍA BOLIVIANA, ACADEMIA BOLIVIANA DE LA HISTORIA, HISTORIA DE LA CASA DE LA LIBERTAD Y EL PALACIO LEGISLATIVO, Y DE LA MEDALLA DEL LIBERTADOR

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 4280

Número del texto en clasificación por autores: 9080

Título del libro: Ciencia y metodología de la historia

Autor (es): Valentín Abecia Baldivieso

Editor: Librería Editorial Juventud

Derechos de autor: Dominio Público

Año: 1977

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 79

Fuente: Digitalizado por la Fundación

Temática: Historiografía boliviana

**CIENCIA Y METODOLOGIA
DE LA HISTORIA**

VALENTIN ABECIA BALDIVIESO

CIENCIA Y
METODOLOGIA
DE LA HISTORIA

SEGUNDA EDICION

LIBRERIA EDITORIAL "JUVENTUD"

LA PAZ — BOLIVIA

1977

Es propiedad del editor.
Quedan reservados todos
los derechos de acuerdo
a Ley.

Empresa Editora "URQUIZO LTDA." — La Paz

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

**PALABRAS DE PRESENTACION DEL PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS,**

Ing. JORGE MUÑOZ REYES.

Señores Académicos:

Doctor Valentín Abecia:

Señoras y señores:

La Academia Nacional de Ciencias da hoy la bienvenida y recibe jubilosa dentro de la corporación a un valioso elemento de nuestro mundo intelectual, que se ha distinguido por su seria y prolífica investigación histórica así como por su acuciosidad en la compulsión de documentos que son el fundamento de la estructura de la historia, la ciencia que, como decía Herodoto, es el compendio de las demás ciencias.

Mucho espera la Academia del trabajo de un nuevo socio a quien incorpora oficialmente hoy en su seno con la satisfacción nacida del convencimiento de su idoneidad, su profundo espíritu de trabajo y su altísimo patriotismo.

El doctor Valentín Abecia, conocido investigador en el amplio y árduo campo de la historiografía ha demostrado,

en infinidad de ocasiones, su inquietud por esta disciplina, sobre todo en su faceta local o nacional. Una de sus últimas producciones: su libro sobre "Historiografía Boliviana" lo demuestra así palmariamente.

Mucho se podría decir de la personalidad y de la labor intelectual de nuestro nuevo colega académico, pero sólo diré aquí unas pocas cosas acerca de él. Nacido en Potosí en el año del Centenario de Bolivia, comenzó en temprana edad sus estudios jurídicos y sociológicos; se graduó de abogado en 1952, yendo después a ampliar sus estudios sobre derecho impositivo en Suiza y sobre sociología en los Estados Unidos de América.

Su afición a la historia hizo de él un investigador asiduo en los archivos y bibliotecas nacionales y extranjeros, donde se acumulaban documentos inéditos y tratados monográficos acerca de nuestra historia patria. Esta valiosa cuanto constante labor impuso su incorporación en diferentes sociedades e instituciones, tales como: el Instituto de Investigaciones Históricas de la H. Alcaldía de La Paz, el Consejo Municipal de Cultura de esta misma ciudad, la institución literaria "Gesta Bárbara", el Centro de Historia de esta ciudad, el Consejo Superior de Investigaciones de la Academia Nacional de Ciencias, el International Study Center de Washington y muchos otros.

Ha publicado infinidad de ensayos y artículos de prensa en diarios y revistas así como varios libros, siendo los últimos el ya citado de "Historiografía Boliviana" que es el producto de un amplio y profundo estudio y compulsas de la bibliografía histórica de Bolivia desde los tiempos del Incanato hasta nuestros días. Su última producción es la interesante obra sobre la actitud tan controvertida de nuestro protomártir, Don Pedro Domingo Murillo. Muestra el Dr. Abecia en este ensayo la conducta sacrificada e inteligente del insigne patriota en su desigual lucha con las fuerzas opresoras dirigidas por el Conde de Guaqui, Don José Manuel de Goyeneche.

En su profundo amor por la descripción y análisis de los acontecimientos del pasado de nuestra tierra, sigue con paso firme las huellas de su ilustre antecesor y homónimo, el Dr. Valentín Abecía que tanto y tan bueno ha aportado para la historiografía del país.

El escribir una crónica de los hechos acaecidos en un pueblo es una labor difícil y a veces ingrata porque no siempre dicha crónica favorece a los personajes que en ella actúan; pero esta labor es necesaria. Ya decía el padre de la Historia, Herodoto de Turios, al iniciar su obra monumental que los hechos de los hombres no se deben olvidar con el paso del tiempo y que las grandes acciones llevadas a cabo por los pueblos no deben perder su esplendor. He ahí pintado sabia y escuetamente el objeto y fin de la Historia, fin noble y valioso que tiende a mantener vivo el recuerdo de los fastos y desgracias de aquellos varones que vivieron antes que nosotros y que nos legaron una herencia que no debe olvidarse ni menospreciarse jamás.

Nuestro nuevo colega, como hemos dicho, ha incurrido con profundidad de miras en los vastos campos de la historia patria y es en ese terreno donde ha ganado sus mejores lauros.

Si deseáramos definir la historia en los términos más breves podríamos decir empíricamente que es el "estudio de los hechos humanos acaecidos en el pasado". Cualquiera otra definición podría complicar la naturaleza de esta disciplina haciendo la definición tendenciosa.

El solo hecho de contar la vida de un individuo o de un pueblo no tiene relación con la labor de la ciencia cuyo dominio propio es generalizar y desprender de estos relatos los principios que expliquen el por qué de esos hechos y para obtener claridad en esta explicación diremos que los actos a base de los cuales se teje la trama de la evolución humana se pueden reducir a tres órdenes distintas; unos son contingentes, otros son necesarios y los terceros respon-

den a una lógica interior. Es pues gracias a esta división tripartita que la Historia se puede articular y explicar y esa división permite realizar profundas consideraciones acerca de la causalidad. El historiador busca en los hechos históricos tres clases de relaciones causales: éstas pueden ser simples sucesiones, en las que los hechos están determinados por otros; o relaciones constantes en las que los acontecimientos están ligados entre sí por necesidades; y por último, ser el enlace de unos hechos con otros en virtud de determinados motivos; sólo así, analizando la naturaleza de las causas se hace posible, aunque no fácil, la síntesis histórica.

Mucho se ha discutido acerca de la preponderancia dentro del campo histórico, del individuo en contraposición con la sociedad. Aún no se han puesto de acuerdo los historiadores ni los historiógrafos sobre cuál de estos sujetos es más importante en la trama histórica. Se ha dicho que la sociedad no piensa, que “el desarrollo mental, como el desarrollo estético, desde la técnica más rudimentaria hasta la floración de la filosofía, de la ciencia y del arte, se apoyan esencialmente en las facultades del individuo: dicho desarrollo es humano y no social”. Pero, por otra parte, ese desarrollo humano no es posible más que en la sociedad, pues hay entre lo humano y lo social acción y reacción; y con el origen mismo del pensamiento se plantea el problema de las relaciones del individuo, como ser que piensa, con la sociedad.

Es claro que el desarrollo de la mentalidad humana introduce en la organización social elementos individualistas que revisten la forma institucional sin que por ello el individuo pierda jamás plenamente su facultad propia de pensar.

La ciencia de la historia ha sufrido en los últimos tiempos, que podríamos remontarlos a la mitad del siglo pasado, una transformación sustancial. Los métodos que se usan, sobre todo ahora, son de una técnica avanzada en todos los as-

pectos o facetas del estudio del pasado. Desde el arqueólogo que utiliza métodos tan nuevos como la datación de fechas mediante los isótopos del carbono o del potasio, hasta el escudriñador de documentos que los espurga precisa y cuidadosamente bajo la luz penetrante de los rayos ultravioletas, vemos cómo el historiador va dejando a un lado sus conceptos subjetivos para agarrarse tenaz y únicamente a los hechos objetivos. Ya no puede el historiador moderno hacer prevalecer en sus concepciones acerca del desarrollo de un pueblo o de un individuo dentro del papel histórico, sus simpatías o antipatías; ya no puede prevalecer en momento alguno el sentido de raza, de patria o de familia para elevar o deprimir un hecho histórico; la descripción y análisis del mismo debe ser frío, impersonal y si se quiere matemático. Los panegíricos y los ataques que antes veíamos en los textos históricos se reducen ahora a un mínimo y sólo prevalece la escueta relación de los hechos en forma meramente objetivo.

Este aspecto nuevo de escribir la historia es la que más trabajo cuesta al historiador moderno, pues él tiene que desprenderse de una serie de complejos y prejuicios, buenos o malos, que se hallan profundamente encarnados en su ser. El historiador ha de olvidar su yo, su familia, su tierra y su raza para escribir acerca de los hechos humanos con una imparcialidad absoluta, sólo así hará verdadera historia.

A la exposición de los acontecimientos, hecha sin disfraces ni adornos, le sigue el análisis de los mismos y, posteriormente, la síntesis de lo que esos hechos representan en el desarrollo de un pueblo o en el comportamiento de un individuo. Esta parte ya es subjetiva y pertenece del todo en su responsabilidad al historiador. Es en ese campo donde se aquilata la profundidad o superficialidad de éste. No es la historia el mero relato de los hechos acaecidos, o por lo menos no es historia completa. Sólo cuando el historiador ha analizado y digerido los hechos y ha obtenido de ellos una lección que servirá para la formación de la experiencia posterior se puede decir que ha hecho historia.

Es esto precisamente lo que ha realizado nuestro ilustre recipiendario, quien en su última obra, aparecida hace pocos días, analiza la idiosincracia de nuestro pueblo, el medio en que la acción se desenvuelve y las causas del mismo; igual cosa hace acerca de las autoridades españolas que a la sazón regían estas tierras, para mostrarnos con pluma certera el pensamiento que dirigió al protomártir Murillo en la realización de lo que se ha venido en llamar injustamente su traición. Ese tipo de análisis profnudo es el que debe realizar el historiador para servir debidamente a la ciencia de la historia, la más responsable de las ciencias si se considera que estudia al ser humano en su actuación y devenir sobre la faz de la tierra.

El otro aspecto que ha manejado con suma maestría nuestro nuevo colega es el de la historiografía. Labor de benedictino, difícil de por sí y más difícil aún en nuestro medio donde las bibliotecas y los archivos prácticamente no existen o si existen están por lo general embarullados e inaccesibles. Es pues una obra de titanes el hacer historiografía en nuestra tierra y ello enaltece más aún la labor y la figura de este joven historiador que ha incursionado en tan dificultosos senderos y ha salido victorioso ofreciéndonos una obra que será el basamento para investigacionse posteriores por la calidad del estudio y por la cantidad de datos en ella comprimidas.

Con este breve y mal pergeñado preámbulo pido al ilustre recipiendario pasar a la tribuna para leer su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Ciencias donde se lo recibe con alborozo y con júbilo en su calidad de Académico de número.

La Paz, 10 de mayo de 1966.

Ing. JORGE MUÑOZ REYES

Presidente de la Aademia Nacional de Ciencias de Bolivia.

TESIS DEL RECIPIENDARIO

Dr. VALENTIN ABECIA

CIENCIA Y METODOLOGIA DE LA HISTORIA

1.— Concepto Equívoco de la Historia.

La palabra historia tiene un concepto equívoco, por eso conviene examinarla. Originalmente significó búsqueda, los griegos la utilizaron en ese sentido. Herodoto escribió en el siglo V, a. de C., las "Historias de Herodoto", queriendo significar el conocimiento adquirido por medio de la investigación.

Ese concepto, luego, adquirió por extensión la idea de narración de hechos. Y esto nos lleva a considerar dos aspectos: el hecho o la realidad ocurrida y la narración del hecho. Philip Babgy (1) pretende diferenciar las ideas y las cosas mediante el uso del artículo, así dice: Mommsen escribió "Una Historia" de Roma que se refiere a "la historia de Roma" o sea a los hechos. Sin embargo, esta diferenciación por el

uso del artículo no es muy clara y se presta a confusiones.

“Historia”, por otra parte, puede ser también las “concepciones” de acontecimientos históricos, en este caso la historia está en la mente del historiador, en el conocimiento que tiene una persona sobre el hecho. De aquí se desprende que “historia” puede ser el estudio y la actividad que desarrolla una persona para conocer los hechos.

También la palabra historia se la emplea en tres sentidos: en el de los hechos acontecidos, en el de la noticia de estos hechos y en el de la ciencia de lo acontecido. En el primer sentido se considera a la historia como hecho acontecido; en el segundo como simple narración o relato de hechos pasados y, en el tercero, como historia científica que no es simple noticia ni erudición documental, sino un saber sistemático y organizado que obedece a una metodología y a una preocupación científica del conocimiento.

Este último aspecto es tanto más importante por cuanto que la especulación simplemente literaria de la historia siendo muy antigua, no ha hallado, sino en los últimos años, inquietud por su fundamentación sistemática como ciencia. Quizá esto explique por qué algunos historiadores han convertido la historia en un género literario y por qué aparentemen-

te hay tantos historiadores que, en buenas cuentas, son solo literatos.

Existen muchas ciencias históricas porque cada ciencia especial tiene su historia; es decir, si se trata, por ejemplo, del derecho, nos referimos al pasado del derecho o sea qué pasado tiene. La diferencia con la ciencia histórica radica en que ésta investiga cómo fue el derecho en una época determinada del pasado.

Ahora bien, la historia como narración del pretérito nos distrae por ser el espectáculo de las actividades humanas, nos atrae y nos seduce. Probablemente por eso Leibnitz dijo que las cartas viejas y las crónicas de Alemania le producían más voluptuosidad y atractivo que las cuestiones filosóficas y matemáticas. Lo mismo debió ocurrirles a los tradicionalistas bolivianos que, en su época de fines del siglo XIX, no siguieron las corrientes del positivismo entonces en boga sino que fueron amantes del color local; no les interesó mayormente la veracidad, pretendieron emocionar y relatar el pasado con amenidad; hacer de la tradición un cuadro entre histórico y novelesco, romántico en el estilo y la grandiosidad. Esas historias indudablemente distraen.

Franz Tamayo declaró una vez que la historia no ha sido jamás una ciencia y que los pocos hechos que alcanzamos a comprobar "nos llegan siempre tan falseados por el interés, la pasión y el prejuicio, que se puede de-

cir que siempre la más verídica historia es una novela y el más concienzudo historiador un engañado y un engañador conciente". Tamayo pensaba que no se podía llegar jamás a la verdad.

La historia anecdótica y moralista ha tenido exponentes de nota. En Alcides Arguedas hay una frase reveladora de su concepto sobre la ciencia histórica cuando dice: "La historia es la moral en acción...". De aquí arranca su opinión de que hay que recoger ejemplos históricos para desprender leyes morales. Así se inspiraría el filósofo, el político y el intelectual.

En la historia boliviana no se ha carecido del juez - historiador que, a manera de autoridad forense, da su veredicto sobre los hechos ocurridos, sin tratar de alcanzar su verdadera comprensión. Moisés Ascarrunz, por ejemplo, dice: "La historia no dicta sus implacables fallos, ateniéndose al juicio más o menos apasionado de los contemporáneos, sino midiendo y pesando las apreciaciones diametralmente opuestas y los hechos imputables, concluyentes y verídicos" (3).

Pero, indudablemente, tenemos que hablar de la historia desde otro punto de vista, quizás un tanto grave y más difícil, sin embargo necesario, tenemos que hablar de la historia como conocimiento del pasado, con sus problemas científicos y con su metodología propia.

Bloch⁽⁴⁾ dijo que la historia no es solamente una ciencia en marcha, sino una ciencia en infancia, vieja bajo la forma embrionaria del relato pero joven como expresa razonada de análisis. Esa empresa razonada de análisis es la que nos interesa.

La historia es la ciencia del pasado, pero el pasado no es siempre objeto de esta ciencia, porque el pasado es un vasto campo de acontecimientos como los eclipses y los terremotos que no son hechos que registra solamente la historia sino también la astronomía y la geología. Sin embargo, esta noción del pasado es una forma común de referirse a la historia que es el hecho ocurrido y no la noticia de ese hecho.

Veamos esta ambivalencia.

2.— La Ambivalencia de la Palabra Historia.

La manera de concebir la historia como narración del pasado es la historia subjetiva, descrita por el hombre. Es el sentido etimológico de la palabra, pues, los griegos hablaban de "historia cuando debían referirse al saber logrado de lo que ocurrió en el pasado o lo que Hegel llamaba historia "rerum gestarum" para oponer a la historia "resgestas" que es la historia objetiva, los hechos en sí, lo acaecido que se denominaba para la antigüedad clásica "tá helika".

Estas dos acepciones han creado siempre dificultades. Los racionalistas y también los románticos del siglo XIX, tuvieron preferencia por lo sucedido en tanto que eran hechos significativos; en cambio, el mero acontecer era simple hecho que no tenía significación para lo que entendían por “historia”. Por eso aquí llamamos la atención sobre el doble sentido de la palabra. Tiene estas acepciones: Objetiva para indicar lo que ha sucedido. Subjetiva como ciencia y conocimiento del suceder. Bauer ⁽⁵⁾ dice: “para hacer más clara la distinción entre ambas significaciones, basta con llamar la atención, por ejemplo, sobre el hecho de que nuestro conocimiento de la época primitiva de los rusos, húngaros, croatas y búlgaros, sería “una página en blanco” si los escritores del Imperio Romano de Oriente no hubiesen abrigado un interés tan vivo por sus vecinos”.

Philip Babgy manifiesta que “uno de los primeros y también de los principales significados de “historia” es el de narraciones escritas de acontecimientos que implican o afectan a un gran número de gentes. Un significado igualmente importante se obtiene mediante un simple cambio de foco. La Historia, como se emplea corrientemente, significa no las narraciones escritas de cierto tipo de acontecimientos, sino los acontecimientos mismos”. Continúa: “confundir la palabra y la cosa, la idea y la realidad, es una falla humana frecuente”. Historia puede significar o cierto tipo de acon-

tecimientos o las narraciones escritas de los mismos (6). Por este motivo, para Babgy, la solución sería introducir una nueva palabra que no cree confusiones, esa palabra recientemente encontrada es "Historiografía" y sustituye a "historia" cuando se refiere a los escritos históricos, a las narraciones. En cambio, "Historia" queda para designar los acontecimientos mismos.

Esta ambivalencia lleva en sí misma uno de los aspectos más interesantes del saber histórico. Si se hace la pregunta: ¿qué es lo histórico? Vemos que, por una parte, son los hechos, todo aquello que sucede y deviene; pero, por otro lado, vemos también que es aquello que conocemos, es decir que no solo sucede sino que pervive en nuestro presente. La historia es un saber del presente porque desde hoy se la hace hacia el pasado. Es una labor intelectual de un hoy, se encuentra en el presente, pero trata de un pasado que no debe mezclarse con el presente, no debe ser diagnóstico de hoy, programa partidista, política actual, labor moralizante.

A esta altura vemos que existen dos aspectos bien diferenciados, los histórico como hecho sucedido y lo histórico como conocimiento. Previamente debemos ocuparnos del objeto de la ciencia, es decir del hecho y buscar sus características, para luego ver cómo podemos llegar a conocerlo, es decir cómo podemos escribir la historia de ese hecho.

3.— El Hecho Histórico, el Hecho Natural, y sus Categorías.

La ciencia de la naturaleza se fundamenta en el campo de la **experiencia**. Cuando una enorme cantidad de ejemplares iguales es sometida a la experimentación se puede llegar a una certeza de repercusión del efecto sobre la causa. Esta relación de causación da origen a la ley.

Durante el período positivista en Bolivia, casi todos los historiadores aceptaron el causalismo en la historia como si a una determinada causa correspondiera un determinado efecto; eran monocausalistas y, por tanto, deterministas. Gabriel René Moreno y Alcides Arguedas se inclinaron por el racismo, Jaime Mendoza por la geografía.

Arguedas aceptó el concepto de causación. He aquí sus palabras: "Los fenómenos de causación histórica siguen un desenvolvimiento de lógica implacable y raros son aquellos que por múltiples circunstancias fortuitas hacen pensar en la intervención de fuerzas extrañas y desconocidas en la conducta de los hombres o de los pueblos" (7).

Las ciencias físicas no se ocupan de establecer los hechos acerca de acontecimientos **singulares**, sino que formulan proposiciones de validez general. En cambio el hecho histórico es siempre distinto y excluyente como,

por ejemplo, la revolución del 16 de julio de 1809 frente a cualquier otro acontecimiento revolucionario. Por lo mismo no puede ser sometido al campo de la experimentación. Se ha dicho por esto que los hechos históricos son **únicos** y no se repiten. Son, por tanto, separables y absolutos, tienen valor en si mismos.

Resulta útil referirse a estas dos esferas del conocimiento: ciencia de la naturaleza y ciencia de la historia que, indudablemente, son diferentes. La ciencia física se diferencia de la historia si se supone que estudia los procesos objetivos de los acontecimientos en el espacio y en el tiempo que tienen absoluta independencia de la observación humana. Esos hechos se los puede conocer, captar y verificar con los métodos experimentales tal cual son, sin que ellos dependan para nada de quien trate de observarlos o experimentarlos.

De este modo espacio y tiempo son categorías universales y abstractas; representan un patrón lógico para toda ciencia que para ser tal debe amoldarse a esas categorías.

Pero resulta que el tiempo que pasa sin relación con los objetos externos no existe. El tiempo transcurre efectuando transformaciones en todas partes, de modo que en todas partes se produce la irreversibilidad como principio fundamental o sea que aún en el campo de la ciencia clásica hay una esencial historicidad.

No quiere decir esto que el esquema lógico de la ciencia antigua haya perdido validez; pero es un error tratar de aplicar a todo saber ese esquema lógico y medir todos los hechos mediante conceptos absolutos de tiempo, espacio, observación objetiva, ley, previsibilidad, singularidad, unicidad, etc.

Se ha manifestado siempre que solo es real lo que se puede medir. La objetividad científica es mensurable, de modo que el saber de la historia choca con esos principios objetivos y mensurables porque la realidad tiene que reducirse al mundo físico. Pero, en el mundo físico, según Werner Heisenberg, de pronto se han presentado realidades que no se puede medir dando margen al “principio de indeterminación” o al de “incertidumbre” debido a las limitaciones de las observaciones precisas en el campo de la física.

En el terreno de la historia existe imposibilidad de experimentar con seres humanos, por lo tanto, la realidad mensurable de las ciencias físicas no es un principio para la historia. Pero, lo que aquí conviene es establecer la diferencia que existe entre un hecho físico y un hecho histórico. Veamos un ejemplo:

Si cae una piedra, ese hecho puede ser natural; lo podemos provocar, medir, dirigir, experimentar y, desde luego, repetir. Pero, si cae y mata al general Melgarejo, ese hecho es histórico. ¿Dónde está la diferencia entre uno y

otro? Vemos que en ese ejemplo el hecho natural y el histórico no se excluyen. Pero, ¿y cómo sabemos que un hecho es histórico y el otro es natural? Ateniéndonos a la singularidad. La distinción reside en que no se trata de que la acción es individual o colectiva, sino singular en la historia, general en las ciencias físicas.

Bagby⁽⁸⁾ hace referencia a la anécdota, famosa por cierto, de la manzana que cayó sobre la cabeza de Sir Isaac Newton y que dio lugar a que se descubriera la ley de la gravedad. El hecho es histórico y singular en su conjunto que contiene una serie de datos: la manzana que cae, la fama de Newton, sus repercusiones, etc. No simplemente el hecho aislado ni las características que le habrían interesado a Newton, a saber: la masa de la manzana, la velocidad de caída, la dirección, etc. Esos datos aislados se los puede **repetir, calcular, experimentar**. En cambio la especialidad del acontecimiento histórico, su **singularidad e irrepetibilidad**, le dan otras características.

El “hecho individual” en la historia no son los datos aislados, sino el conjunto, la conexión, el encadenamiento de datos. De este modo la singularidad es la singularidad del conjunto. Un ejemplo podría aclarar esto: el collar que recibió Bolívar y que lo legó a los presidentes de Bolivia, es un hecho singular y único. Collares iguales a ese pueden haber

varios, ese es el dato individual, pero llevado por Bolívar y dejado a los sucesores de él que subieran al poder presidencial, adquiere otra significación; adquiere conexiones y entonces aparece el hecho individual y singular con significación histórica. Pero para ello ha habido necesidad de captar la relación entre los datos y el todo, el conjunto que constituye el objeto de la historia.

Aquí se puede analizar la irrepitibilidad como categoría de la historia. El dato simple y aislado puede repetirse, puede ser análogo a otro, pero el conjunto singular no se repite. Pongamos el caso de la muerte de Belzu: el conjunto histórico con participación de determinados personajes: Campero, Melgarejo, etc., ese conjunto es irrepitible, único, singular en su estructura. Aquí ingresamos a la llamada estructura histórica.

4.— La Estructura Histórica.

El historiador recoge datos aislados y los conecta dando configuración a un todo, a un conjunto histórico. La selección la hace él mismo y compone una estructura de acuerdo a los propios límites de observación que se propone.

En este aspecto juega un papel importante el historiador, porque es él quien efectúa el trabajo. En G. R. Moreno tenemos un ejemplo. No se ha relevado bastante la formación de Moreno para el uso del documento. Tenía una

rara y excepcional condición para penetrar en las fuentes documentales, combinaba los testimonios previo cotejo y selección de ellos hasta llegar a formar una conexión histórica que otras personas no la habían captado.

Mucho se ha hablado y se habla del positivismo en la labor de Moreno, pero este otro aspecto es más importante que su formación positivista, porque se refiere a la problemática personalísima del historiador, a su manera de escoger, de trabajar, a su intuición y al tacto científico para la selección que configura el hecho.

El proceder de Moreno no está explicado en ninguna de sus obras, pero su práctica del método es peculiar. Su inclinación al positivismo en esto queda ensombrecida y sobrepasada. Para el positivismo el hecho no observable no es real, es la experiencia pura y objetiva la que vale con abstracción total de la persona humana. Pero Moreno pudo demostrar que los hechos históricos había que conectarlos, interviniendo el investigador. Tal vez por eso se ha dicho que la riqueza del conocimiento histórico es directamente proporcional a la cultura del investigador. H. I. Marrou⁽⁹⁾ presentó la ecuación de:

$$\text{Historia} = \frac{\text{Presente}}{\text{Pasado}}$$

poniendo de manifiesto el rol decisivo que

juega la intervención del presente del historiador, de su pensamiento, de su personalidad y de los límites que pone a los hechos para conectarlos y configurar el acontecimiento histórico.

Hemos dicho que como la historia no puede elevarse al conocimiento de causas, fue tomada como un saber no científico en la antigüedad; por consiguiente tampoco podía hablarse de ley como enunciación de relaciones fijas y constantes. Evidentemente en las conexiones de los hechos no encontramos en la historia cierta regularidad ni sucesión fija. Parece más bien que la conexión histórica se da en un círculo donde todos y cada uno de los datos actúan sobre los otros y son afectados también por éstos. Es una pluralidad de conexiones que ha dado lugar a formular la idea de una conexión múltiple situacional, no causal.

Esas conexiones se dan en la estructura que puede llamarse también forma, tipo, serie, conjunto. Es lo que Max Weber⁽¹⁰⁾ llama tipos puros ideales, una figura mental unitaria como feudalismo, romanticismo, etc.; son podríamos decir conceptos típicos que sirven al historiador.

Maravall dice: "Estructura histórica es para nosotros la figura en que se nos muestra un conjunto de hechos dotados de una interna articulación en la cual se sistematiza y

cobra sentido la compleja red de relaciones que entre tales hechos se da. Es, por tanto, un sistema de relaciones dentro del cual cada hecho adquiere su sentido en función de todos los otros con los que se halla en conexión. Entre los hechos de una estructura se constituye, no un nexo causal, sino una relación situacional" (11).

— El historiador observa los hechos, los abstracta, establece sus conexiones y configura una estructura donde se encuentra la realidad histórica, pues, se comprenderá que la estructura no es simplemente hechos, ni siquiera amontonamiento y yuxtaposición de hechos, sino un conjunto articulado que forma una conexión funcional de hechos por su situación y que crea un proceso de relaciones.

— Rickert nos habló de que hay realidades históricas que sin dejar de ser singulares poseen cierto carácter general y engloban un conjunto de fenómenos elementales. Maravall piensa que "el enunciado de esa posición tiene un valor de ley y puede considerarse como una ley en cuanto nos da posición de todos y cada uno de los hechos en relación con todos los demás. Se diría que esto no cuaja en el concepto clásico de ley como fórmula general que abarca clases enteras de hechos... (pero frente al concepto clásico de ley, como regla de series paralelas, puede hacerse valer otro concepto que nos dé una relación en círculo de una pluralidad de hechos" (12).

La estructura es un todo individual que no se repite. Es un enunciado de épocas o de tiempos concretos. Sus elementos (los hechos) pueden ser repetibles, la estructura no. Sin embargo, la estructura que ha adquirido un grado de abstracción formal se aplica a otros conjuntos. Así al hablar de colonialismo se puede enunciar el colonialismo boliviano, chileno, argentino, etc., y, finalmente, el colonialismo sudamericano.

La historia, por consiguiente, puede darnos leyes estructurales únicas aplicables a otros conjuntos, aunque es irrepetible.

Julian Marias ⁽¹³⁾ dice: en la imagen usual de la historia encontramos dos posibilidades: 1) atomización de los acontecimientos o sucesos históricos; 2) morfología o descripción de formas de vida. En el primer caso las cosas resultan ininteligibles, porque no sabemos a quien le ocurrió lo que se cuenta... El contenido del hecho histórico solo se entiende si se refiere una situación total, que excede de todos los hechos y de su suma, y no se puede obtener por mera acumulación.

El ejemplo que ofrece Marias es muy interesante: los diarios nos dan noticias relevantes, nosotros las entendemos porque tenemos, por vía no científica ni propiamente intelectual, una idea de las formas de la vida de nuestro tiempo y en ellas alojamos automáticamente las noticias de la prensa. En cambio el his-

torizador tiene que estudiar un conjunto, una estructura del pasado para encajar allí, y comprender las noticias que encuentra en la prensa de esa época.

Este ejemplo sobre la estructura histórica nos hace ver que la ciencia hoy día es el resultado de observaciones nuevas y que la complejidad de los acontecimientos humanos que cierran el paso a la experimentación, no debe desalentarnos porque es posible conocer los acontecimientos históricos.

5.— El Tiempo en la Historia.

Al referirnos a las categorías del hecho histórico hemos mencionado que la preteridad es una de ellas. El tiempo transcurre efectuando modificaciones en las cosas, de modo que también se produce la irreversibilidad en los acontecimientos históricos estructurales.

Estos hechos nos llevan a la meditación del tiempo en la historia. Pero nuestro propósito no pretende examinar el significado del tiempo en el plano de la filosofía, sino en la necesidad de entender el hecho histórico como algo sucedido en el tiempo, como algo que pertenece al pasado o sea su preteridad.

De ese modo no tenemos interés en el examen del concepto del tiempo en la filosofía antigua y medieval donde fue relegado por el tema del ser. El tiempo para Kant tiene realidad

transcendental y, por ello, por estar en el mundo trascendental adquiere una objetividad que le da "su condición formal apriori de todos los fenómenos en general". De este modo se inició una inclinación por la consideración a profundizar la interpretación del tiempo.

Para Bergson la vivencia real es temporalidad y esa temporalidad llega a confundirse con la "duración real". Esta temporalidad de tipo subjetivo encuentra en Dilthey la posibilidad de convertirse en objeto de las ciencias del espíritu frente a las ciencias de la naturaleza.

En la meditación del tiempo, su triunfo quedó proclamado por el existencialismo, y su negación, a través de un simple razonamiento, del que no podemos ocuparnos, por John Mc Taggart. En la historia, el tiempo nos interesa porque se presenta como una parte constitutiva de los hechos, como algo inseparable de ellos, como una categoría esencial.

Es, precisamente, la preteridad en el hecho histórico la categoría que, por sus formas residuales, ha manifestado aspectos de interés. Se ha señalado en el existencialismo que el pasado pervive en el presente dando la evidencia de lo que puede el pasado (como pasado) en el presente. Este es el concepto que introdujo el historicismo contemporáneo o sea la importancia que recae no solo en el momento en que los hechos se realizan, sino en su

pervivencia a lo largo del tiempo y sus problemas residuales que pueden ser distintos, más hondos y más complicados.

Entramos así en un aspecto de gran significación en el problema de la historia: el tiempo. Si tomamos como ejemplo la Revolución de 1809, vemos que, por una parte, su importancia radica en el momento en que los hechos revolucionarios sucedieron, la forma y la oportunidad de los mismos; pero, por otra parte, encontramos que esos hechos tienen vigencia por su desenvolvimiento a través del tiempo hasta el presente como, por ejemplo, el cambio de la estructura política de la Colonia a la República y la permanencia del mismo sistema económico - social como la monoproducción, las clases sociales, etc. Esa duración como categoría esencial del hecho histórico, resulta ser una "realidad concreta y viva abandonada a su impulso irreversible", como dijo Marc Bloch ⁽¹⁴⁾; para quién, además, la incompreensión del presente nace de la ignorancia del pasado, pero ese pasado no se puede comprender si no se sabe del presente. Por eso Croce dijo: "toda historia es historia contemporánea".

Este es probablemente el punto neurálgico de la historicidad, la temporalidad de la realidad, que para el ente, al decir de Francisco Romero, no ha transcurrido en vano.

Esto nos lleva a distinguir que el tiempo afecta tanto a la naturaleza física como a la

humana: es decir que tanto el hombre como las cosas sufren mutaciones y transformaciones en el tiempo. Collingwod ha manifestado que la concepción evolucionista consiste en ser y pasar a ser; señala el caso de la ternera que “es” ternera en tanto que está “pasando a ser vaca”.

6.— El Historicismo en la Epoca Moderna.

Se ha puesto de manifiesto, en la sucesión de ideas sobre el historicismo, que fue Giambattista Vico, autor de la *Scienza Nuova*, escrita en 1725, uno de los primeros en acentuar el carácter esencialmente historicista del hombre.

Pero, en la época moderna aparece lo que se ha llamado el historicismo y las llamadas corrientes historicistas que de una y otra manera repararán en la historicidad del hombre (antropológico), del cosmos (cosmológico), de la realidad (ontológico), de la posibilidad de conocer esa realidad histórica (epistemológico), etc. Lo importante en esas corrientes radica en que ponen el punto esencial en el hombre como creador de la realidad y por tanto de la historia.

De este fundamento comparten las más variadas corrientes filosóficas modernas:

- a) el materialismo histórico que sostiene el determinismo económico en la historia cuyas

leyes no son necesarias sino de tendencia en virtud de la intervención de los hombres y su conciencia histórica;

- b) el neokantismo cuyos representantes Wildelband, Lask y Rickert de la escuela de Baden y Cassirer, de la escuela de Marburgo, tienen aportes invalorable en lo que se refiere a ciencias de la naturaleza y del espíritu, a sus métodos propios, a sus objetivos distintos y al conocimiento ontológico de la realidad histórica.

Wildelband, frente al naturalismo de Marburgo, subrayó el valor de las ciencias históricas. Dividió las ciencias en Nomotéticas e Idiográficas, las primeras son de la naturaleza consagradas a la investigación de las leyes, las segundas son ciencias de la forma, buscan la forma de lo particular contra las de la naturaleza que son generalizantes. Rickert a esta distinción añadió una oposición material entre naturaleza y cultura, pues esta última tiene referencia a los valores (no puede predicarse el ser sino el valor);

- c) la escuela fenomenológica para la cual el saber histórico parte de experiencias, pero no experiencias de cosas, sino de actividades humanas que sólo tienen sentido en la interpretación;
- d) el existencialismo que plantea el punto fundamental de la existencia, pero no como

simple existir, sino como elección del existir; por eso en el concepto de Kierkegaard el existencialismo es “elección” y “libertad”. El hombre es histórico porque es finito e inconcluso, es una eterna posibilidad en el tiempo; pero no en el tiempo que simplemente transcurre, sino en el tiempo que “me pesa” y que, por tanto, es la fidelidad de la existencia; el presente es la decisión electiva y el futuro la posibilidad. Este es el tiempo existencial sobre cuyo concepto Jaspers enunció su teoría del “tiempo eje” que es el fundamento metodológico del conocimiento histórico;

- e) el neoprovidencialismo de Toynbee en los últimos años ha formulado la teoría de que el conocimiento histórico radica en el mecanismo de la incitación — respuesta que consiste en que la civilización es el resultado de la respuesta a una incitación que produjo un esfuerzo humano desechando el criterio de causaciones naturales como la raza y el medio geográfico. El hombre es libre porque Dios le da la posibilidad para elegir sus modos de actuación dentro de un plan divino;
- f) de modo particular nos interesa en este punto el pensamiento de Ortega y Gasset, cuya filosofía vitalista tiene fundamento en el historismo. Ortega dice que cuando la razón naturalista se ocupa del hombre,

busca poner al descubierto su naturaleza, diríamos su cuerpo que lo observa desde el campo de la física, de la biología o de la psicología. Pero la ciencia natural jamás ha explicado el aspecto propiamente humano.

Por este motivo hubo quien planteó la necesidad de oponer al conocimiento de las ciencias de la naturaleza, el conocimiento de las ciencias del espíritu que se ocuparán de lo humano como realidad espiritual o cultural. Sin embargo, los fenómenos humanos —el quehacer del hombre— no se dejaron apresar por conceptos.

En efecto, el naturalismo quiso aprehender al hombre por su extensión (su cuerpo); el espiritualismo por su pensamiento. Lo grave es que el hombre al mismo tiempo que tiene extensión tiene también pensamiento.

Ortega sostiene que el hombre no es su cuerpo ni es su alma, que son cosas. El hombre no es una cosa; es un drama, es su vida, su vida no como el existir, sino como algo que tiene que hacérsela. La vida es un quehacer, por eso cada rato hay posibilidades de hacerse y de determinar que se va a ser, o sea que tiene que elegir. Elige sobre la base de lo que le ha pasado antes; es decir que la vida también es experiencia de la vida. El hombre no puede volver a ser lo que fue, eso le da la categoría irreversible; forzosamente tiene que avanzar con un pasado como experiencia.

La experiencia de la vida es el conocimiento del pasado, el análisis de lo que se ha hecho, la averiguación de la razón de nuestro ser que es una razón narrativa de lo que se ha sido; frente a la razón física matemática, entonces encontraremos la razón histórica.

El hombre —dice Ortega— va viviendo, va siendo, se va haciendo un ser en la serie dialéctica de sus experiencias. Esa dialéctica no es la razón lógica, sino la razón histórica. El hombre no tiene naturaleza, tiene historia. Este es un historicismo porque toma conciencia del pasado, no puede aclarar el ayer sin el anteayer. La historia es un sistema de experiencias humanas y, por tanto, es ciencia del presente porque el pasado solo lo hallamos en relación con el presente.

7.— Diferencia de la Historicidad del Hombre y de las Cosas.

Ahora bien, del pensamiento expuesto por Ortega vamos a diferenciar el transcurrir del tiempo en el hombre y en las cosas de la naturaleza. Sabemos que la historicidad afecta no solo al hombre sino también a las cosas. Pero encontramos que existe una diferencia: el hombre se va haciendo, elige, tiene posibilidades; las cosas, en cambio, no. El devenir de las cosas se produce de una manera necesaria y contingente; el desenvolvimiento en la naturaleza obedece ciegamente a determinados esti-

mulos con reacciones también determinadas. El caso del hombre es diferente porque a determinado estímulo tiene especiales reacciones y enfrentamientos no previsibles. En otras palabras: no existe una relación o secuencia natural de causa y efecto, porque su actividad le da la posibilidad de tocar el estímulo en una incitación a su voluntad creadora o sea que se sobrepone a su organismo y domina la naturaleza, al decir de Guillermo Francovich.

Por eso se ha dicho que el hombre va siendo lo que va queriendo ser y en la naturaleza las cosas van siendo sin otra alternativa, inexorablemente. El devenir del hombre es un incondicionado elegirse.

El comportamiento del hombre en el tiempo constituye su historia, por eso se dice que el hombre es historia y tiene historia; su conciencia de esto constituye su historicidad porque sabe que se hace en el tiempo y que su acción presente está impregnada de pasado.

8.— Lo Histórico y su Realidad.

La manifestación objetiva de la historicidad del hombre viene a constituir lo histórico. Existe para el ser del hombre un modo condicionante por una parte, y su propia voluntad creadora, por otra; la conducta que adopta es una permanente puja entre lo uno y lo otro que, además, en la acción tiene antecedentes del pasado y aspiraciones para el futuro.

La actividad humana se compone de una serie sucesiva de incitaciones y respuestas que son resultado de un proceso de actos humanos. Supongamos que el hombre hace un proyecto cuyo resultado no es satisfactorio; esa insatisfacción tiene su consecuencia incitativa que origina nuevas actividades con nuevos proyectos mejorados, cambiados, más meditados, etc., de acuerdo con la posibilidad. Entonces se puede ver que la sucesión de proyectos humanos no obedece ciegamente a la causa efecto, sino que, además de la voluntad creadora del hombre, hay vinculaciones múltiples que complican la simple sucesión tomándola en un conjunto heterogéneo cuya única coherencia lógica es el "sentido" que puede ponerle el hombre con su voluntad creadora.

A esa coherencia hemos llamado estructura histórica porque en ella se manifiesta lo histórico del hombre. La estructura histórica es conocida cuando la conciencia cognocente entiende de alguna manera el comportamiento de los datos que la configuran. Es decir, que las relaciones entre los fenómenos, que hacen intelegibles los hechos, son aprehendidas por el sujeto cognocente que capta su comportamiento.

Para el naturalista las relaciones serán siempre de causa y efecto; para el historiador, en cambio, el proceso del conocimiento radica en aprehender intelectualmente la estructura

histórica y descubrir las relaciones que mostrarán el hecho y lo situarán en la estructura de modo que se presente más claro e inteligible.

9.— El Conocimiento de los Hechos Históricos.

Aquí llegamos a comprender que el historiador tiene imposibilidad de comprobar por sí mismo los hechos del pasado; su caso —alguien ya lo ha dicho— es como el de un juez en materia criminal que tiene que recrear intelectualmente un crimen cometido en el pasado.

Para comprender el hecho histórico es necesario referirse a su comportamiento, porque el hecho histórico no es una cosa material, sino una cosa que se comporta de una manera determinada obedeciendo a ciertas relaciones en la estructura.

Se ha dicho que el ser de las cosas es el comportamiento de ellas que cuando se presenta da margen a nuestros conceptos. Lo que no se entiende por su comportamiento tendrá que ser aprehendido por la fe y la emoción pasando al terreno de lo suprarracional.

En la historia es el testimonio (en todas sus manifestaciones materiales e inmateriales) que manifiesta el comportamiento fenoménico de las acciones humanas pasadas. Y el testimonio es una cosa que por ese su comportamiento da posibilidad al investigador de conocer los datos históricos que acumulados pueden pre-

sentar relaciones que llevan al hecho histórico. Marc Bloch decía que una de las características del conocimiento histórico consiste en ser un conocimiento por huellas, pues, los documentos y testimonios son una huella, una marca que ha dejado el fenómeno. Por esta razón Langlois Seignobos dice que la historia se hace con documentos (15).

Sabemos que la teoría del conocimiento es una disciplina filosófica. Es una parte de la teoría de la ciencia y se la define como la teoría material de la ciencia o como la teoría de los principios materiales del conocimiento humano. Mientras que la lógica —que es la parte formal de la teoría de la ciencia— investiga las formas y las leyes más generales del pensamiento humano y prescinde de la referencia del pensamiento a los objetos, la teoría del conocimiento pregunta por la concordancia con el objeto. Por esta razón, en esta parte de nuestra exposición, tenemos que referirnos a los rasgos esenciales de la relación entre el sujeto cognocente y su objeto que es el hecho histórico.

Si bien en la antigüedad se encuentran reflexiones epistemológicas, la teoría del conocimiento como disciplina aparece en la Edad Moderna. Se considera su fundador al filósofo John Locke (16), luego, Leibniz (17), Berkeley (18) y Hume (19), se preocuparon de modo sistemático del conocimiento humano; pero, fue la Crítica de la Razón Pura de Kant, considera-

da como la obra maestra epistemológica, la que dio motivo para manifestar que este filósofo es el verdadero fundador de la teoría del conocimiento.

En lo esencial a todo conocimiento, según Nicolai Hartmann (20) se encuentra la conciencia y el objeto, entre ambos se establece una relación o mejor una correlación; el sujeto solo es sujeto para un objeto y el objeto es objeto para un sujeto. Esta correlación no es reversible, es decir ser sujeto es algo completamente distinto de ser objeto; el sujeto aprehende el objeto, éste es aprehendido por el sujeto.

Visto desde el sujeto, el conocimiento consiste en capturar las propiedades del objeto, formándose una imagen de éste. Visto desde el objeto, el conocimiento es una transferencia de las propiedades del objeto al sujeto. Pero, este no es más que un trascender, no una confusión o incorporación del objeto en el sujeto, aunque aquél predomina o es determinante, por eso se ha definido el conocimiento como una determinación del sujeto por el objeto.

En pocas palabras se puede decir que las características del conocimiento son: correlación entre el sujeto y el objeto, trascendencia del sujeto hacia el objeto, inalterabilidad del objeto, determinación sobre el sujeto y actividad de éste cuando se produce la recepción.

Pero, si bien esta descripción del fenómeno del conocimiento es la base fundamental

para su comprensión, existen otros problemas que debate la filosofía como la posibilidad, el origen, la forma y, finalmente, el criterio de la verdad en el conocimiento. Estas discusiones pertenecen al campo de la filosofía y nosotros estamos analizando lo que ocurre en el campo de la historia.

Las cosas que conoce el historiador y a través de las cuales recrea intelectualmente el pasado, que está impregnado de tiempo histórico, son los testimonios o sea los rastros dejados por el hecho sucedido; y estos testimonios son conocidos sólo a mérito de su comportamiento fenoménico; la inteligibilidad de tales comportamientos es el concepto que tenemos de los testimonios del pasado.

Los profesores Cassani y Pérez Amuchástegui, dicen a este respecto, "A nadie le interesa la realidad como realidad misma, sino como comportamiento fenoménico coherente... El quid del problema no se halla en la índole de las cosas, sino en el conocimiento que tenemos de ellas a mérito del cual atribuimos a las cosas sendas índoles peculiares. El sujeto conoce cuando sabe como se comporta el objeto. La manida definición del conocimiento (aprehensión del objeto por el sujeto no quiere decir otra cosa que aprehensión del comportamiento del objeto; el sujeto se forma una imagen objetiva instrumental y entonces sabe lo que el objeto es porque tiene un concepto de ese objeto" (21).

Pero, ¿qué nos da la certeza de que nuestro conocimiento es verdadero o falso? Se dice que la verdad del conocimiento consiste en la concordancia del contenido del pensamiento con el objeto, en este caso con el hecho sucedido. A esta concepción se designa como el concepto **trascendente** de la verdad, frente al concepto **inmanente** de la verdad que no radica en una relación del contenido del pensamiento con algo que se halla frente a nuestro pensamiento, sino con algo que reside dentro del pensamiento.

El concepto trascendente de la verdad implica la posición del realismo que rechaza el idealismo por ser el intento de suprimir el dualismo del sujeto con el objeto en el problema del conocimiento. Sin embargo, como el examen de estas posiciones filosóficas nos alejaría de nuestro propósito, sigamos estudiando el fenómeno cómo se produce en la historia.

Si los hechos puede conocerse sistemáticamente y se encuentran relaciones correspondientes, se puede hablar de saber científico. En ese saber la realidad y la experiencia son equivalente. En la experiencia se formulan conceptos y teorías mediante una actividad reflexiva de la conciencia que observa atenta y realiza una inquisición metódica. Así como el científico de la naturaleza observa y atiende el comportamiento de la cosa para establecer relaciones necesarias que sustenta tal comporta-

miento, el historiador pregunta al testimonio y su verdad brota del comportamiento de las fuentes a medida que pule, retoca y perfecciona su teoría en sucesivos experimentos.

El historiador cuando tiene ante sí los testimonios observa el comportamiento fenoménico de ellos utilizando una preceptiva metodológica que le permite descubrir las relaciones que originan el comportamiento de la cosa. El método inquisitorial y el sistema de encuestas puede permitirle al historiador averiguar el por qué del comportamiento de los fenómenos e ir elaborando teorías que las pule, retoca y perfecciona mediante la investigación hasta que llega un momento en que su teoría coincide con el comportamiento de la cosa.

Hay un aspecto que requiere ser diferenciado entre el conocimiento de los hechos históricos y el conocimiento de otras disciplinas; el científico en cualquier saber vitaliza relaciones mecánicas necesarias; se puede decir que crea una realidad. Para el caso del historiador no se puede decir que crea una realidad mecánica sino que resucita una realidad vital que existió en un plan de acción que los hombres forjaron en el pasado. La verdad histórica, la verdad del historiador, se da cuando la teoría del historiador coincide con el plan de acción del pasado y el comportamiento fenoménico de los testimonios.

Ahora bien, el saber es sistemático, establece relaciones necesarias, la comprobación

es empírica y la verdad es única, singular y pretérita, pero también es una verdad universal y permanente. Lo que no existe es la previsibilidad porque la recreación presente es de un plan de acción humana del pasado no del futuro. De modo que aquellos ataques a la idolización de la historia sobre la pretensión de algunos de “estar con la corriente de la historia” o de “no ir contra la historia”, en el deseo de seguir la llamada marcha del progresismo, sólo puede plantearse en un sentido vulgar porque la historia no es el futuro, por tanto es imprevisible.

10.— La Preceptiva Metodológica.

De acuerdo a los problemas de la historia científica que hemos planteado, vemos que en el conocimiento histórico se recrean intelectualmente los hechos del pasado, valiéndose de los testimonios. El problema humano entonces se plantea no por el objeto de la ciencia, sino por los métodos y la técnica de la investigación.

El uso adecuado del testimonio supone el aprendizaje y conocimiento de una práctica de investigación, siendo indispensable que el historiador posea las técnicas fundamentales de su oficio; que sepa reunir los documentos necesarios, manejar guías, catálogos, inventarios, repertorios bibliográficos, etc. Se ha dado el caso de que, ignorando estas maneras de

acortar y concretar el camino de la investigación, se ha producido pérdida de tiempo, desviaciones en el objeto propuesto, elaboración de trabajos inútiles que pudieron evitarse por medio de la acomodación a la técnica.

El método para la investigación científica tomó importancia desde Bacon, Galileo y Descartes. Pero, como se ha hecho notar, este procedimiento ha sido ligado al problema del conocimiento, por eso es importante subrayar que metodología y gnoseología van siempre juntas.

Indudablemente, la historia ha alcanzado un alto grado de precisión científica o sea que se ha producido la estabilización de normas metodológicas y conceptuales, superando los límites constreñidos a la investigación por las aportaciones de la teoría del conocimiento. De este modo, no es simplemente el método de investigación que llena el interés de la ciencia sino los fundamentos gnoseológicos que hemos expuesto.

Sin embargo, el orden es una condición fundamental de cualquier actividad humana. El proceder con orden nos lleva a la idea del método y ese método, a veces, es una averiguación del procedimiento que se debe seguir, y otras, es una aplicación de normas ya encontradas como consecuencia de la búsqueda.

En el aspecto normativo del quehacer historiográfico, tres historiadores bolivianos de la

época contemporánea, han trabajado empleando procedimientos que se encuentran dentro de las oscilaciones modernas. Ellos son Enrique Finot, Humberto Vásquez Machicado y Gunnar Mendoza.

A fines del siglo pasado Ernest Bernheim en el "Manual del método histórico y de la filosofía de la historia" y en los primeros años del presente en la "Introducción al estudio de la ciencia histórica", inició la formulación de ciertas normas ordenadas del proceso a seguir en la elaboración de la historia. Poco antes Paul Janet, y, luego, J. G. Droysen, Johan Huizinga, y, sobre todo, Charles Víctor Langlois y Charles Seignobos (Langlois - Seignobos), abrieron un proceso de preocupación por el método que no podía pasar desapercibido en Bolivia. Es importante señalar que en 1892, un francés radicado en Chile, Valentin Letelier, publicó "La evolución de la historia" que constituyó el primer ensayo de importancia que se conoció como producto hispanoamericano.

En ese entonces Gabriel René-Moreno radicaba en Chile, y escribía, en su vasta obra, algunos apuntes que atañen a la metodología; por ejemplo, en sus búsquedas testificales en Sucre, encontró tres personas que le significaban "fuentes vivas de crónica local, justamente —dice— en la parte donde mis viejos papeles escaseaban o son incompletos".

Moreno se fijó en que la clase testifical debía completar lo que poseía y no ir contra la

imposibilidad material de los hechos; “eran —añade, refiriéndose a Martina Lazcano y al canónigo Juan Crisóstomo Flores— dos elementos de información que se completaban recíprocamente al respecto de fondo y forma de las cosas” (22).

Actualmente es raro, en Bolivia, encontrar historiadores que hubieran demostrado en algún sentido su labor metodológica. Sin embargo en lo que se percibe entre los hombres que se han preocupado por el camino ordenado y científico encontramos lo siguiente: precisa indicación y uso de fuentes en el investigador Gunnar Mendoza; lógica en las inferencias muy notables en Alberto Gutiérrez y Humberto Vásquez M.; síntesis creadora fundamentada en los documentos, exposición natural y estructura sólida en las conclusiones en las obras de Enrique Finot.

Sin embargo, hay aspectos en los que no se encuentra las cualidades de esta preceptiva moderna; por ejemplo, no siempre existe el análisis crítico de las fuentes ni el correspondiente comentario erudito como ejercitara años atrás Gabriel René-Moreno. Por el contrario se nota graves fallas en el caso de Gustavo Adolfo Otero que, si bien no fue historiador, tiene una obra fundamental entre las muchas que ha escrito, documentada y de armónica estructura, llamada “La vida social del coloniaje”.

El método cuando es una búsqueda de normas a seguir entra en el campo de la precepti-

va metodológica; pero, cuando su preocupación es gnoseológica (¿cómo se puede conocer?) entra en el campo de la teoría del conocimiento.

Por esta razón, el quehacer del historiador necesita una preceptiva metodológica y las formas del conocer corresponden al método gnoseológico.

11.— Los objetivos de las ciencias, sus métodos y el método de la Historia.

Ahora bien, cada ciencia tiene su propio método en razón de los objetivos que estudia. Aloys Muller (23) plantea cuatro tipos de objeto de las ciencias: **Metafísico** cuando el contenido intencional es el ser absoluto. **Axilógico** cuando el ser de los objetos consiste en el valor. **Ideal** cuando el objeto es ajeno al tiempo, al espacio, al cambio y la interacción, como los números, las líneas, etc. **Real** cuando los objetos son susceptibles de ser sometidos a la experimentación.

José Ferrater Mora (24), dice al respecto que los métodos para conocer esos objetivos pueden resumirse en nueve, sin tomar en cuenta las combinaciones que pueden hacerse entre unos y otros. Esos métodos son: la definición, la demostración, el dialéctico, el trascendental, el intuitivo, el fenomenológico, el semiótico, el axiomático o formalismo y el inductivo.

Pero la historia por lo que vimos al tratar el conocimiento tiene por objeto una realidad distinta de la realidad natural. Si bien su estudio es de objetos reales, los hechos históricos son pasados, irreversibles. Podríamos decir que no existen ahora, no están en ninguna parte y sólo se los conoce por el comportamiento de los testimonios que han quedado, por las "huellas" que dejaron esos hechos cuando sucedieron.

Esto nos lleva a formular que el objeto de la historia no es ideal ni axiológico ni metafísico. Parecería que es real, pero difiere de la realidad natural por las razones que hemos señalado; por tanto, requiere un método especial.

12.— Las Fases del Método Histórico.

a) La heurística.

Estamos, pues, frente a una supuesta estructura histórica que debe ser comprendida, para ello se tiene que seguir un camino que, indudablemente, comienza por la "pesquisa" de los datos y que corresponde a la **primera fase llamada heurística.**

Lo previo es conocer todo lo que se ha investigado sobre el particular, para ello se efectúa esencialmente la consulta bibliográfica: selección, ordenamiento y elaboración de fichas.

Luego, en este conocimiento previo, surgen las dudas, la oscuridad de hechos incom-

prensibles, las lagunas, etc. Estos puntos traen otros problemas y temas que requieren quizás otras consultas bibliográficas y otras fuentes por conocer y pesquisar.

Entonces puede producirse la necesidad de un nuevo enfoque y el planteamiento de una serie de interrogaciones que nos lleva a la consulta erudita; libros raros, papeles, cartas, objetos, monedas, etc.

Quizás el investigador encuentre, en estas circunstancias, documentos que necesitan una diagnosis o una descripción cabal de detalle y particularidad. Entonces tiene que proceder con calma, anotar la fecha, el nombre del autor, sus títulos y otros, luego debe hacer un resumen de su contenido y labor, las observaciones que viera convenientes para formular la ficha descriptiva y las de referencias.

b) La Crítica.

El material obtenido en las investigaciones, vale decir los testimonios en general, son sometidos a un período de crítica. Esta crítica se la efectúa con relación a los siguientes aspectos:

I) Crítica de autenticidad o morfológica en

la que se analiza si el testimonio es auténtico o falso. Con respecto a esto, pocos historiadores bolivianos han tenido el particular interés demostrado por Alberto Gutiérrez (25),

quien utilizando el método de la escuela histórica contemporánea de Alberto Sorel y H. Taine, reúne y acumula detalles, como él mismo dice, para formar un cuadro de conjunto que pueda ser contemplado a la luz de una observación sintética; como Federico Masson busca la interpretación que “recae sobre la autenticidad moral que es de tacto, de costumbre, de olfato, la que hace al historiador. Es que a veces la verdad lógica, que sale de la deducción de ciertos hechos, tiene más evidencia, es más aceptable que la que muestran los documentos. “He aquí que se saca de los papeles públicos y privados, un diario, unas memorias, alguna colección de cartas. Papel, tinta, escritura, todo es del tiempo. ¿Pero si ese tiempo estuvo todo combinado para falsear la historia?”. Aquí está el historiador para penetrar en lo que los papeles no dicen y establecer la verdad más lógica contra aquélla que parece ser objetiva. ¡Que talento y habilidad se requieren para penetrar, precisamente, en aquello que no consta! Allí se destaca la condición personal del investigador, su genio, eso que no ha aprendido en los libros, en el estudio que le enseña cómo servirse de los documentos, pero que no le previene cuando los documentos no dicen la verdad o no son auténticos. Gabriel René-Moreno y Alberto Gutiérrez son historiadores que tuvieron estas condiciones y utilizaron la preceptiva metodológica que se afirma en el presente siglo a partir de la contribución de Ernest Bernheim.

Un caso muy debatido en la crítica de las fuentes auténticas, es el de Bartolomé Arzanz de Orsua y Vela, autor de la "Historia de la Villa Imperial de Potosí". Cuyo manuscrito completo se encuentra en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid.

Antes de que se conociera el Manuscrito de Madrid, se hicieron varias publicaciones bolivianas por fragmentos consignando como nombre del autor a Bartolomé Martínez y Vela, cuya obra fue titulada "Anales de la Villa Imperial de Potosí" y publicada por primera vez por Vicente Ballivián y Roxas, en París el año 1872, de los originales que poseía —según explica Ballivián— don José María Cabrera. La segunda publicación la hizo la Biblioteca Boliviana dirigida por Gustavo Adolfo Otero el año 1939, Vol. Nº 3.

El año 1925, el historiador Luis Subieta Sargánaga publicó la Historia de la Villa Imperial de Potosí con el nombre equivocado de "Anales" comprendiendo sólo los dos primeros libros y el primer capítulo del tercero.

Hubo una época en que se quiso dar por establecido que se trataba de dos autores y de dos obras. La "Historia" de Sánchez y Vela (padre) y los "Anales" de Martínez y Vela (hijo); y esto porque no se efectuó un trabajo de autenticación, no se vio que se trataba de copias y que podía haber error.

Armando Alba, en la "Guía de la Provincia de Potosí" de Cañete y los esposos Mesa y Gis-

bert en la revista Khana Nos. 13 y 14, se han referido al manuscrito completo de Madrid cuyo autor es Bartolomé Arzanz de Orsua y Vela. Este manuscrito le ha servido al historiador potosinista Lewis Hanke colaborado por Gunnar Mendoza, para publicar la obra completa por medio de la Universidad de Brown.

II) Crítica de veracidad o aletológica que

consiste en analizar si los documentos dicen la verdad. Para tratar este aspecto recordemos que Marc Bloch señalaba que de todos los venenos que vician el testimonio, la impostura es el peor.

Hubo un tiempo en que algunos historiadores bolivianos, suponiendo que las cartas escritas por el insigne Murillo a Goyeneche y Paula Sanz, el 1º y de 2 de octubre de 1809, por las que ponía a disposición de los realistas españoles la fuerza que estaba bajo su mando, significaban una traición del caudillo a su pueblo, las ignoraron o las tacharon de falsas. Esta era una impostura, que se estaba yendo contra la autenticidad de dichas cartas al tratar de ignorarlas. El gran caudillo paceño, por otra parte, no necesitaba de defensores impostores para merecer su gloria (ver nuestro trabajo sobre "La genial hipocresía de don Pedro Domingo Murillo"); sólo la crítica aletológica nos llevó a establecer que las cartas auténticas escritas por el caudillo paceño no decían la verdad, eran producto de una genial hipocresía.

Ultimamente en Buenos Aires hemos tenido oportunidad de conocer un trabajo muy interesante sobre la "autenticidad" de la famosa carta de Gabriel Lafond, atribuida al General San Martín y fechada en Lima el 29 de agosto de 1822 (26).

La tesis argentina al plantear su autenticidad, pone a San Martín en la situación de haber abandonado la vida pública porque Bolívar no cooperaría en su campaña independentista mientras San Martín no se retirara.

La tesis venezolana niega que Bolívar sea responsable del alejamiento de San Martín, reputando "apócrifa" la carta de Lafond. En el análisis de autenticidad, Pérez Amuchástegui, manifestó que dicha carta no puede ser auténtica porque no se trata de un original, de un duplicado ni de una copia, es a lo más una versión francesa de una carta escrita originalmente en castellano. En el análisis de veracidad, Pérez Amuchástegui, dice que si la carta no es auténtica, eso no le quita que pueda ser veraz. Pero llega a la conclusión de que no hay indicio de que San Martín entregara la carta a Lafond ya que no quería dar informaciones sobre su persona. La carta no reproduce un escrito de San Martín, sin embargo, contiene "verdades". Pero dista de representar la verdad de lo ocurrido en Guayaquil. San Martín toleró la difusión de la carta porque era útil para la pacificación del Perú.

De comienzo están los documentos y el historiador tiene que reunirlos para analizarlos sobre su autenticidad y veracidad, aunque el cuestionario sea instintivo. Tiene que ser flexible y receptivo, abierto a nuevos elementos que se va recogiendo en el camino.

Existe una actitud aceptada unánimemente en Bolivia con respecto a su historia. Se dice que la historia de Bolivia no está escrita porque no es veraz; lo que se conoce ha sido escrito sin confrontación de documentos. Conforme.

Pero, ¿cómo hacerlo ahora? Solo dejando de lado la simple narración y empleando un método de investigación, ese método hay que aprenderlo, es decir hay que educar y crear al historiador, porque todo problema humano necesita que se sepa manejar testimonios y que se emplee técnicas eruditas.

La técnica erudita supone conocimientos a veces extraordinarios hasta para el hombre muy culto. Expliquemos: Se trata de analizar un testimonio colonial, eso supone fijar fechas, lugares, escritura de la época, variantes en esa escritura, etc. Entonces tienen que venir en ayuda del investigador las ciencias auxiliares y si él no sabe manejarlas, no conoce digamos la paleografía, tendrá que recurrir al trabajo en equipo.

El caso boliviano es muy duro. La etapa embrionaria que atraviesan los archivos y bi-

bliotecas dificultan enormemente la tarea. Para una investigación hacen falta guías, inventarios, catálogos, repertorios, ficheros, esas guías no las hay de modo que la tarea es superhumana.

Los documentos han sido manejados, por otra parte, de modo muy superficial. Pongamos el caso del nacimiento de Bernardo Monteagudo. Sin ingresar al análisis total del caso, encontramos que existen documentos contradictorios sobre su nacimiento. Miguel Monteagudo, su padre, el 20 de mayo de 1825 en su testamento efectuado en San Miguel de Tucumán, dice haber sido casado con Catalina Cáceres, habiendo tenido como "hijo legítimo al doctor Bernardo Monteagudo" y, añade, que en su segundo matrimonio con Manuela Aznaya no hubo hijo alguno.

Pero su segunda esposa, Manuela Aznaya, en su testamento de 1865, manifestó que "de su matrimonio con Miguel Monteagudo tuvo un hijo único llamado Bernardo Monteagudo".

Vemos que nos encontramos frente a un caso en que se necesita efectuar un análisis de veracidad; es decir de establecer cuál es el documento, de los dos testamentos (ya que ambas son auténticos) que dice la verdad y cuál no la dice. Para llegar a esta evidencia el investigador tiene que efectuar la crítica aleológica.

La crítica de veracidad, por otra parte, tiene una importancia enorme si se considera que los hombres pueden haber dejado documentos falsos con objeto de hacerse más importantes. El caso de Olañeta y la creación de Bolivia nos muestra como se creyó que Olañeta se atribuyó la paternidad de la fundación de Bolivia y como los historiadores discutieron hasta que Vázquez Machicado supuso haber esclarecido el caso yendo a confrontar la imposibilidad material del hecho.

En la historia boliviana hay posiciones definidas sobre la paternidad referente a la creación de Bolivia:

Los primeros historiadores (Urcullu y los que le siguieron en su versión sobre este hecho) sin análisis de documentos sostuvieron que Olañeta fue el creador de la nacionalidad boliviana. La influencia decisiva de Olañeta la transmitió él mismo según consta en "Obras de Casimiro Olañeta", por Manuel Campero (27); de allí la tomó Urcullu (28) y de éste la tomaron otros historiadores como Luis Paz (29) y Alcides Arguedas. Olañeta había expresado: "En acora inspiré al filósofo Gran Mariscal Sucre la idea de la independencia de las provincias del Alto Perú y la fundación de la nueva República" (30).

Esa paternidad fue puesta en duda en el ensayo "Ayacucho en Buenos Aires", úl-

timas notas del libro "Perú y Bolivia" de Gabriel René - Moreno. Humberto Vázquez Machicado ⁽³¹⁾, exhibe, por otra parte, un párrafo de fragmentos biográficos de don Casimiro Olañeta (escrito inédito de su biblioteca personal) en el que Gabriel René - Moreno dice verticalmente: "De manera que el servicio de máxima importancia que don Casimiro prestara a la creación del país, consistió según Urcullu: primero, en haber mostrado al cacúmen de Sucre cuales eran las misiones del Ejército Libertador y el deber de su jefe tocante a los derechos imprescriptibles de los pueblos de Sud América, y segundo, en haber conseguido que dicho Mariscal dictara el Decreto de 9 de febrero. . . Todo carece en si mismo de sentido lógico en fuerza de su simpleza pueril. También carece de exactitud".

En el libro de José Rosendo Gutiérrez o de Sabino Pinilla "La creación de Bolivia", se trató de probar que el autor de la creación fue Sucre, debido a la rotunda ingerencia de Casimiro Olañeta.

Sólo más tarde se ha sostenido que Olañeta nada tuvo que ver con la actitud asumida en Puno por el Mariscal Sucre. Uno de los primeros en pensar así, después de Moreno, fue Rigoberto Paredes ⁽³²⁾ y, posteriormente, Humberto Vásquez Machicado que ha tenido el mé-

rito de efectuar un análisis de veracidad ⁽³³⁾ de gran utilidad para el esclarecimiento de este hecho. El trabajo de Vázquez Machicado muestra que los historiadores bolivianos que trataron la materia, no analizaron documentos e incluso inventaron hechos que no pudieron haber sucedido por imposibilidad material.

Vázques Machicado planteó la imposibilidad de que Olañeta hubiera influido en Sucre para la elaboración del Proyecto de Puno, habiendo usado con provecho el ensayo que sobre el particular dejó inédito Gabriel René-Moreno. Ambos dos investigadores en sus conclusiones no estuvieron equivocados como viene a demostrar Ch. W. Arnade en el capítulo octavo de su libro "The Emergence Republic of Bolivia". En efecto Vázquez Machicado como Gabriel René-Moreno ⁽³⁴⁾ y también Rigoberto Paredes ⁽³⁵⁾, se refieren a la imposibilidad de este hecho. Posteriormente, nuevas fuentes ⁽³⁶⁾ hacen ver que no estaban desacertados porque hubo imposibilidad material. Veamos: El 3 de febrero Sucre desde Puno escribió a Bolívar: "anoche (es decir el 2 de febrero) pensando en los asuntos del Alto Perú yo arreglé las ideas en el decreto adjunto a ser publicado a mi arribo a La Paz". Añadiendo: "El General Alvarado ha partido esta mañana de aquí", o sea que partió el 3 de febrero. Alvarado dice por su parte, que partió de Puno rumbo a la Argentina y que encontró a Casimiro Olañeta alrededor de diez millas cerca de la ciudad, cuando éste iba

a Puno para unirse a Sucre. Esto quiere decir claramente que Olañeta se reunió con Sucre el 3 de febrero, puede ser a medio día, y que éste redactó el decreto la noche del 2. Hasta hace poco todos los historiadores bolivianos creyeron que Olañeta llegó a Puno el 1º de febrero, esta fecha fue dada por Urcullu en sus "Apuntes".

Sin embargo, si bien Olañeta llegó a Puno el 3 de febrero, un día después de que el Mariscal redactó su Proyecto de Decreto, y no pudo influir en la redacción de ese documento, no hay duda de que tuvo una gran influencia en el Decreto que realmente se promulgó en La Paz, el 9 de febrero de 1825; pues, entre uno y otro hay diferencias importantes que no las anotaron los investigadores antes citados.

El historiador y Director del Archivo de la Nación Argentina, don Julio César González, se ha referido con provecho a ambos Decretos: el uno es el Proyecto de Puno (del que no se conoce ejemplar auténtico), y el otro es el Decreto del 9 de febrero promulgado en la ciudad de La Paz en esa fecha.

La crítica de veracidad o aletológica analiza no la autenticidad del testimonio sino si dice la verdad o sea si es veráz. La mentira y el error vician con frecuencia los testimonios y el análisis debe realizarse por todas las vías posibles: acerca del autor, de la fecha, del papel, de la letra, etc.

Según Bloch, la crítica del testimonio que trabaja sobre realidades psíquicas, será siempre un arte lleno de sutilezas. Para ella no existe un libro de recetas pero, a no dudarlo, tiene su método.

Durante la crítica y aún antes, las ciencias auxiliares tienen una enorme ayuda. El historiador debe conocerlas: el desarrollo de la escritura por la paleografía para valorar los textos; la diplomática para hacer lo propio con los documentos; la heráldica y la sigilografía para los títulos y sellos; la numismática para las monedas; y otras ciencias tan importantes como la geografía en los mapas históricos.

III) **Crítica de interpretación o hermenéutica,**

llamada así porque una vez examinado el testimonio sobre su veracidad y autenticidad, se tiene necesidad de colocarlo en el lugar que le correspondería dentro del trabajo que se está realizando.

Volvamos al caso de Pedro Domingo Murillo. Dijimos que efectuando una crítica de las cartas del caudillo paceño, pudimos establecer que eran auténticas y, luego, que no decían la verdad; es decir que al escribirlas Murillo trataba de distraer a las tropas realistas que marchaban sobre la ciudad de La Paz, como distrajo realmente a las tropas de Paula Sanz, Intendente de Potosí, tenía que enviar al Obispo La Santa que se encontraba en Irupana

resistiendo a Manuel Victorio García Lanza (37).

Ahora bien, esas cartas por sí solas no nos dan la evidencia de nada, para conocer el proceso revolucionario de 1809, tenemos que incorporarlas en el lugar que les correspondería dentro de los hechos y actos del caudillo, entonces encontramos que están conectados a otro antecedente y que toda la estructura de este acontecimiento sólo puede entenderse cuando se procede a interpretar el conjunto. Por esto es importante la crítica de la hermenéutica.

IV) Crítica de Valoración o Axiológica es la etapa en la que se realiza la estimativa del testimonio con respecto al conjunto de hechos para conocer sus repercusiones. La valoración enumerativa que realiza el investigador, prepara el camino para realizar la exposición de los hechos. En la crítica valorativa se definen ciertos problemas, por ejemplo se dice:

Las cartas de Murillo son auténticas.

Las cartas de Murillo no dicen la verdad, etc.

c) La síntesis y la exposición.

Cuando el historiador ha llegado a valorar los testimonios, encuentra que tiene que darles unidad y coherencia a fin de hacer comprensible el hecho histórico. Esta etapa se llama síntesis.

En ella hace una selección y eliminación de testimonios, lo que permite comprender el hecho histórico y recrearlo intelectualmente.

El hecho así recreado, luego, es expuesto y presentado. Esta fase es también muy importante por cuanto supone una técnica de exposición, de citas, de vocabulario y de ordenamiento de ideas.

En la exposición juega un importante papel la labor de los traductores. Para ser traductor no sólo se debe dominar el idioma, sino encontrar lo que el autor ha querido decir.

Recordamos haber leído que George Padmore en un libro ⁽³⁸⁾ se quejó del mal trato que recibían los negros: decía que la miseria había aumentado por el descubrimiento de la máquina de “despepitar el algodón” que produjo el desplazamiento de la mano de obra en 1793. Una mala traducción tomó la frase “cotton gin” (despepitar el algodón) como “Ginebra Gin” o sea “aguardiente de algodón”. De aquí resulta que la miseria había aumentado por el descubrimiento del aguardiente del algodón que desplazó la mano de obra.

El historiador boliviano Alcides Arquedas no fue preciso en su exposición, no tenía la preocupación esencial para el concepto, no era objetivo, simple y claro como aconsejaba Croce en *La Lógica del Concepto Puro*. En “*La Danza de las Sombras*”, segunda parte, manifies-

ta: "se puede decir con criterio verazmente estricto, que es Bolivia la que preparó esta guerra (se refiere a la guerra del Chaco), desde hace más de cuarenta años con su permanente desgobierno, su orgía democrática, su caudillismo inescrupuloso y su barbarie gubernativa". Tomado así el concepto, podría ser Bolivia un país agresor, de nada sirve si luego habla de imprevisión; más preciso en el historiador habría sido decir que la imprevisión fue aprovechada por el enemigo, pero nunca que Bolivia "preparó" la guerra. El mismo caso le ocurre cuando dice que Bolívar llegó "a los límites de la Audiencia de Charcas extensísima como territorio, pero indigente como los otros países en población hábil, no obstante la Universidad de San Xavier que los otros países no tenían" (39). Como se sabe en esta época habían varias Universidades en Sud América.

Tiene relación con la parte expositiva de la labor histórica, la morfología, y en ella debe considerarse la formación de "tipos históricos y conceptos generales" que muestren algo común y especial en el suceder.

Si examinamos la obra de Alcides Arguedas, encontramos que los títulos de sus obras son así: "Caudillos Bárbaros", "Caudillos Letrados", "Plebe en Acción", etc. Quiso obtener por abstracción rasgos característicos a ciertos hechos particulares en el espacio y el tiempo, pero lastimosamente, exigió mucho de esos

“tipos históricos”, o, lo que es lo mismo, los caracterizó con cierto atrevimiento y en un orden cronológico. “Los Caudillos Letrados” abarca de 1828 a 1848, “La Plebe en Acción” de 1848 a 1857, y así sucesivamente, de este modo, entre los caudillos letrados está José Miguel de Velasco que no era letrado (40) y Pedro Blanco distinguido sólo por su valor (41).

“El tipo histórico” es esencial para el trabajo del historiador, pero el elaborarlo significa una penetrante investigación particular. Esto no hizo Arguedas; mas en un país sin historia escrita, sus generalizaciones han sido aceptadas y están ahora bien acogidas por la literatura popular, vale decir, viven su propia vida. Tan evidente es esto que los títulos de sus obras son utilizadas en el lenguaje corriente, en el periodismo y la literatura.

Convendría que completáramos este trabajo sobre la ciencia y metodología de la Historia, refiriéndonos al caso boliviano con objeto de señalar la necesidad que tenemos de estudiar y aprender a usar un método en las investigaciones.

Quizás la historia pudiera alcanzar su rango en la precisión científica y dejaría de ser un género literario debido a su fundamentación sistemática.

Con gran acierto la Facultad de Filosofía de la Universidad Mayor de San Andrés, ha

emprendido la tarea de crear varias cátedras sobre historia. Esto es un acierto porque los futuros investigadores de la historia podrán formarse con los instrumentos teóricos necesarios que no les permita ser sólo literatos de la historia.

No hace mucho tiempo, el Gobierno creó una comisión para que escribiera una nueva historia de Bolivia. El propósito tal vez, fue bueno, pero el procedimiento fue, indudablemente, malo. Para escribir una "nueva" historia se necesita previamente investigar si la historia que conocemos está errada o es falsa, y para llegar a esta conclusión lo previo es emprender, como Herodoto, la búsqueda de los documentos.

Los materiales previos, la documentación se encuentra dispersa, no tiene catálogos, no existe el "montaje de materias primas", como diría Toynbee (42). De este modo, lo primero debe ser organizar una comisión que se encargue de trabajar en los archivos sin la pretensión de escribir nada, teniendo una sola meta: ordenar, catalogar, hacer fichas, obtener copias del material referente a Bolivia que se encuentra en el extranjero. Esto es lo primordial, luego vendrá el historiador que escribirá la historia.

Pero, ¿cómo realizar este trabajo? Se necesita dinero y adiestramiento de nuevos hombres entendidos en la investigación y organización de archivos y bibliotecas. La parte teó-

rica debe otorgar la Universidad, que está obligada a formar investigadores. La parte material debe darla el Gobierno Nacional, y para ello se necesita que los centros del saber: la Academia Nacional de Ciencias, la Academia de la Historia, el Instituto de Investigaciones La Paz, las Sociedades Geográficas y de Historia, todos en uno, emprendan una avanzada para despertar una conciencia cívica capaz de llamar la atención sobre esta perentoria necesidad.

Así podremos un día escribir quizás una “nueva” historia de Bolivia, más comprensiva, más fecunda, más precisa y menos literaria.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

- (1) Babgy, Philip; La Cultura y la Historia. Madrid, 1959, p. 38.
- (2) Tamayo, Franz; La Creación de la Pedagogía Nacional. Buenos Aires, 1944, p. 212.
- (3) Ascarrunz, Moisés; El Partido Liberal en el Poder, 1918, p. 1.
- (4) Bloch, Marc; Introducción a la Historia. México, 1957, p. 16.
- (5) Bauer, Wilhelm; Introducción al Estudio de la Historia. Barcelona, 1944, p. 31.
- (6) La Cultura y la Historia, págs. 37 - 42.
- (7) Prólogo a "La Creación de Bolivia" de Sabino Pinilla, p. 22, Madrid, s/f.
- (8) Babgy Philip; La Cultura y la Historia, p. 47.
- (9) Marrow, H.I.; De la Connaissance Historique. París, 1959, p. 37.
- (10) Weber Max; Economía y Sociedad. México, 2da. Edición Español, 1964, págs. 16 - 17.
- (11) Maravall, José Antonio; Teoría del saber histórico. Madrid, 1961, p. 155.
- (12) Maravall, José Antonio; Ob. cit. págs. 161 - 162.
- (13) Marías, Julián; El Método Histórico de las Generaciones. Madrid, 1961, p. 160.
- (14) Bloch, Marc; Ob. cit. p. 26.
- (15) Langlois - Seignobos; Introducción a los Estudios Históricos.
- (16) Locke, John; An essay concerning human understanding (Ensayo sobre el Entendimiento Humano). Anotada por A.G. Fraser, 1894, dos volúmenes.
- (17) Leibniz, Gottfried Wilhelm; Nouveaux essais sur l'entendement humain. (Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano). 1928.

- (18) Berkeley, George; A Treatise concerning the principles of human knowledge (Tratado de los Principios del Conocimiento Humano), notas de R. Frondizi, 1945.
- (19) Hume, David; A Treatise on Human Nature (Tratado de la Naturaleza Humana), 1923.
- (20) Hartmann, Nicolai; Fundamentos de una metafísica del conocimiento, en García Bacca. Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas, T.I., 1947.
- (21) Cassani y Pérez Amuchástegui; Qué es la Historia. Bs. Aires, Ed. Perrot, 1964.
- (22) Moreno, Gabriel René; "Bolivia y Perú, más Notas Históricas y Bibliográficas". Santiago, 1905, p. 100.
- (23) Müller, Aloys; "Introducción a la Filosofía".
- (24) Ferrater, Mora, José; "Diccionario de Filosofía". Bs. Aires, 1958.
- (25) Gutiérrez, Alberto; "El Melgarejismo antes y después de Melgarejo". La Paz, 1916, p. 351.
- (26) Pérez, Amuchástegui, A.J.; La Carta de Lafond. Bs. Aires, 1963.
- (27) Olañeta, Casimiro; Obras. Sucre, 1877, p. 55.
- (28) Urcullu, M. María; "Apuntes para la Historia". Sucre, 1855, p. 150.
- (29) Paz, Luis; "Historia del Alto Perú". Sucre, 1919, Vol. II, p. 63.
- (30) Arguedas, Alcides; "La Fundación de la República". Obras Completas. México, 1959 - 1960. T. II, p. 136.— Vázquez, M. Humberto; "El Mariscal Sucre", el Doctor Olañeta y la Fundación de Bolivia", p. 15.
- (31) Blasfemias Históricas.— El Mariscal Sucre, El Doctor Olañeta, etc. La Paz, 1939, p. 16.
- (32) "Ligeros Datos Sobre la Fundación de Bolivia", Revista Khana. Mayo, 1958, p. 75.
- (33) "El Mariscal Sucre, el Doctor Olañeta y la Fundación de Bolivia".
- (34) "Fragmentos Biográficos de Casimiro Olañeta", documento inédito de Gabriel René-Moreno en poder de H.

- Vázquez M. y que lo utilizó éste en su trabajo "El Mariscal Sucre, el Doctor Olañeta y la Fundación de Bolivia".
- (35) "Ligeros Datos Sobre la Fundación de Bolivia". *Khanna*, Nos. 26 y 30. Marzo 1958.
- (36) Arnade, Charles; "La Dramática Insurgencia", págs. 190 - 191. Es importante señalar que las cartas contenidas en la colección Vicente Lecuna (Cartas de Sucre a Bolívar de 3 y 5 de febrero, de 3 y 4 de abril, y de Bolívar a Sucre de 21 de febrero, 26 de abril y 15 de mayo de 1825) demuestran que Bolívar originalmente pensó en el Alto Perú como Estado Independiente; lo curioso del caso es que, por circunstancias desconocidas se disgustó con Sucre cuando éste dictó el Decreto de 9 de febrero que dio nacimiento a la nueva república.
- (37) Abecia B. Valentín; "La genial hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo". La Paz, Ed. Novedades, 1966.
- (38) "Africa bajo el yugo de los Blancos".
- (39) Arguedas, Alcides; *Obras Completas*, T. II, p. 173.
- (40) El propio Arguedas dice: "Su cultura intelectual corría pareja con su incapacidad militar" (*Ob. completas* T. II, p. 239).
- (41) He aquí las palabras de Arguedas sobre Pedro Blanco: "Su sola virtud era un valor comprobado, ya que carecía de ilustración, del don supremo de gentes y de la capacidad necesaria para dirigir con acierto el complicado y frágil mecanismo de un país en gestación...". (*Ob. completas*, T. II, p. 247).
- (42) Arnold J. Toynbee; en su *Estudio de la Historia* (Buenos Aires, 1951, V. I), efectúa una crítica a lo que él llama la industrialización del pensamiento histórico o sea la organización del trabajo para la extracción y elaboración de datos brutos que no permiten comprender el todo sino la parte.

**RESPUESTA AL DISCURSO DEL DR. VALENTIN
ABECIA, SOBRE CIENCIA Y METODOLOGIA
DE LA HISTORIA**

Bolivia es un país de historiadores. Buena parte de nuestros hombres de letras, tanto de este siglo como del siglo pasado, han hecho historia. Dos ejemplos bastan para ilustrar nuestro aserto: Nataniel Aguirre, el más grande novelista boliviano del siglo XIX, tiene escrita una obra de historia: "Bolivia en la guerra del Pacífico". Ricardo Jaimes Freyre, poeta cuya producción no necesita comentario, es autor de una extensa obra sobre la historia de Tucumán. La obra histórica de Jaimes Freyre es poco conocida, pero es a juicio de los críticos modernos, una de las historias técnicamente mejor escritas (1). Con poca posibilidad de error se puede afirmar que en Bolivia se ha escrito ante todo historia, hay tantos historiadores como poetas y muchos más historiadores que novelistas. Sin embargo la historia es para nosotros un quehacer heredado, algo que se ejecuta según el genio y las aptitudes individuales, sin que hayamos hecho un alto para preguntarnos por la razón de este quehacer.

Nuestros historiadores coloniales a medida que historia-ban solían parar el relato para decirnos, y muchas veces para decirse a sí mismos, qué era la historia y qué pretendían con ella. Así sabemos que la obra de Arzans, el historiador potosino del siglo XVIII (2), no pudo darse a la estampa por

las muchas verdades que se decían en ella, verdades que forzosamente debieron disgustar a más de un contemporáneo. El hijo de Bartolomé Arzans: Diego, cuando prosigue la historia, no lo hace para decir verdades, sino con el deseo de servir a su Patria (3). La historia de Diego escrita hacia 1736, es la primera historia apologética de Bolivia que conocemos. Pero la obra es breve, pues la endeble vocación de Diego Arzans sólo le permite llenar pocas cuartillas. No tenemos el nombre de ningún otro historiador hasta principios del siglo XIX, cuando aparece un historiador anónimo, recientemente descubierto por el Arq. José de Mesa, quien hacia 1833 escribe un largo artículo en el "Iris de La Paz" (4). Es el primer trabajo que trata explícitamente de la teoría de la historia. El historiador anónimo nos dice cuáles son las finalidades de la historia, cómo se debe escribir ésta y cómo se debe comprobar la veracidad de un hecho. En él está latente, igual que en Bartolomé Arzans, aunque en forma mucho más explícita, el problema de la historia confrontado con el problema de la verdad. Después del historiador anónimo en Bolivia se hace una historia muy "sui generis", ya que los relatores son al mismo tiempo los protagonistas de las historias que relatan, tal es el caso de Urcullu, autor de "Apuntes para la historia de la Revolución del Alto Perú, hoy Bolivia" (5). Por entonces ya nadie osa preguntarse sobre la verdad de una historia escrita por prominentes políticos. Y así parece la nueva historia, la que trata de señalar un camino que se supone justo. Es la historia que juzga y dictamina. Uno de nuestros escritores del siglo pasado, Manuel José Cortés, en el prólogo a su "Ensayo sobre la Historia de Bolivia" dice: "Aplaudiremos a los hombres que sus virtudes merezcan elogios, y levantaremos un grito de indignación contra aquellos que por sus crímenes hayan hecho mal a nuestro país... Lejos de pensar, como Luciano, que el historiador no debe tener patria, no perderemos de vista la nuestra. Exigir del historiador la indiferencia sería querer no sólo que se hiciese cómplice de las iniquidades, sino también que dejara de ser hombre" (6). Este juez-historia-

dor que es Cortés es el prototipo de nuestros historiadores del siglo pasado, con la sola excepción de Gabriel René-Moreno, quien si bien no teoriza sobre historia, con sus obras y sus escritos nos dijo cómo debe ser, a su juicio, un historiador. Moreno es el historiador científico, que ante todo busca la verdad. Pero Moreno fue en su tiempo, algo aislado, y los historiadores pasaron de jueces a moralistas, y como bien dice el doctor Abecia, el tipo fue Alcides Arguedas para quien "la historia es la moral en acción" (?).

Después del historiador anónimo de 1833 ya nadie se pregunta sobre la relación que pueda existir entre la historia y la verdad, la verdad se supone, o como en el caso de Tama-yo se niega (8), o se la supedita a otros "fines más nobles" como el patriotismo, la moral, etc. No podemos ir más allá con este razonamiento que nos llevaría a conclusiones harto dolorosas, lo que sí tenemos que aplaudir es que un historiador haya hecho un alto nuevamente, después de más de cien años, para preguntarse qué es la historia, cuáles son sus finalidades y cómo debe escribirse. Lo que el señor Abecia ha expuesto hoy en su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Ciencias, es verdaderamente importante, nuestra historia necesita una revisión a la luz de las técnicas y los conceptos modernos. La Historia de Bolivia está casi por escribirse, una ojeada ligera sobre los archivos olvidados da tantas novedades diarias, que si algo podemos afirmar hoy es que como pueblo y como conjunto humano, apenas sí nos conocemos. El conocimiento de nuestra historia es parcial, es una historia a la que se le han cercenado arbitrariamente tres siglos, es una historia donde el dedo del moralista muestra las taras y calla los aciertos, es la historia que nos hace retraídos y desconfiados.

Es necesario analizar la historia con ojos nuevos, y esta es una necesidad tan premiosa, que son varios los que se han abocado al problema; Jorge Siles en su trabajo "La ciencia del porvenir" y en el cursillo sobre "Tradicción y ética" (9) hace filosofía de la historia, aunque no encara ex-

presamente el problema nacional. Gunnar Mendoza con su publicación de índices y monografías y Mario Chacón con su trabajo paleográfico en el Archivo de la Moneda plantean prácticamente una revisión de nuestra historia (10). Pero el doctor Abecia tiene el mérito de haber expuesto explícitamente el problema, más aún de haber tomado un asunto concreto: el caso de Murillo, para aplicar el sistema que propugna. En su libro "La genial hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo" se confrontan por primera vez, después de muchos años, los dos términos: historia y verdad (11). Valentín Abecia, plantea no sólo la revisión de un hecho en base a documentos, lo cual es obvio en toda historia científica, sino que busca la interpretación de este hecho. El problema es bastante complejo ya que el mismo Abecia nos dice que para él "historia no son sólo los hechos, lo que sucede y deviene, sino lo que conocemos" y aclara "historia es no sólo lo que sucede sino lo que pervive en nuestro presente" (12) y aquí está el conflicto, en la confrontación fría de nuestros actuales conocimientos y de ese "pervivir en nuestro presente", en el cotejo del documento modernamente interpretado con la historia tal como la heredamos, después de pasar por las manos de jueces, de moralistas y de escépticos.

Valentín Abecia ha trabajado duramente sobre la historia nacional, su magnífica "Historiografía Boliviana" es una buena muestra de ello (13). Por esto, por su honestidad científica, por su cuidadoso respeto con los historiadores que le precedieron, creemos que es una de las personas indicadas para llevar adelante la delicada tarea de la revisión de nuestra historia, que ha de traernos sin duda muchas sorpresas agradables. Doy pues la bienvenida al Dr. Valentín Abecia, dentro del seno de la Academia Nacional de Ciencias con los mejores augurios para su trabajo futuro y mis más sinceras felicitaciones por la labor intelectual hasta hoy realizada.

Teresa Gisbert

La Paz, 10 de mayo de 1966

NOTAS

- (1) Jaimes Freyre escribió una Historia de Tucumán en cinco libros: **"Tucumán en 1810"** (Tucumán 1909), **"Historia de la República de Tucumán"** (Buenos Aires, 1911), **"El Tucumán del Siglo XVI"** (Buenos Aires 1914), **"El Tucumán Colonial"** (Buenos Aires 1915) e **"Historia del Descubrimiento de Tucumán"** (Buenos Aires 1916). De estos libros sólo se ha publicado **"El Tucumán Colonial"**, los otros cuatro permanecen inéditos. EMILIO CARILLA en su reciente obra **"Ricardo Jaimes Freyre"**, Buenos Aires 1962, es quien mejor enjuicia la obra de este escritor boliviano, no sólo como historiógrafo, sino principalmente como poeta, como novelista y como hombre.
- (2) La obra de BARTOLOME ARZANS DE ORZUA Y VELA **"Historia de Potosí"**, permaneció inédita hasta hoy que ha sido publicada por la Universidad de Brown, gracias al esfuerzo del historiador Lewis Hanke y a la colaboración de Gunnar Mendoza. Un esbozo de la biografía de este historiador y un esquema de su obra puede verse en J. de MESA y T. GISBERT **"Arzans de Orzua y Vela, el historiador potosino del siglo XVII"**, en Revista **"Khana"**. Vol IV, Nos. 13 y 14. La Paz, 1955.
- (3) Ibidem, pág. 148.
- (4) Este historiador se publica en el trabajo inédito de J. de MESA y T. GISBERT **"La cultura en tiempo del Mariscal Andrés de Santa Cruz"** presentado a la Mesa Redonda sobre Andrés de Santa Cruz, auspiciada por el Instituto de Investigaciones Históricas, dependiente de la Alcaldía Municipal de La Paz.— Agosto 1965.

- (5) La obra de Urcullu fue publicada en 1855 bajo el seudónimo de "Unos patriotas". Respecto a la actuación política de Urcullu ver CHARLES ARNADE "La dramática insurgencia de Bolivia", La Paz 1964, págs. 108 - 116, 172, 180, 181, 210 y 211.
- (6) JOSE MANUEL CORTES "Ensayo sobre la Historia de Bolivia", Sucre 1864, pág. 111.
- (7) Citado por VALENTIN ABECIA en "Ciencia y Metodología de la Historia". Discurso de Ingreso a la Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. Leído el 10 de mayo de 1966. Pág. 16.
- (8) Ibidem.
- (9) JORGE SILES SALINAS "La Conciencia del Porvenir" en "Finiis Terrae", Santiago de Chile 1960, "Tradición y Etica" es un cursillo dictado en la Universidad Mayor de San Andrés, en febrero de 1961. Ver Resumen en "Presencia", 26 de febrero de 1961. Ver también "Las dos fuentes de la Revolución Contemporánea", Mendoza 1962. En su libro "La Aventura y el Orden", hay un intento de aplicación de su teoría histórica a la realidad nacional, pero el enfoque es un tanto apasionado.
- (10) Entre los trabajos más interesantes de Gunnar Mendoza podemos citar la publicación del "Diario de un soldado de la Independencia Altooperuana", Sucre 1952, "Guerra Civil entre Vicuñas y Vascongados y otras naciones de Potosí", Potosí 1954, "Gabriel René-Moreno, Bibliógrafo Boliviano", Sucre, 1954, etc.
- (11) VALENTIN ABECIA "La genial hipocresía de Don Pedro Domingo Murillo", La Paz 1966.
- (12) VALENTIN ABECIA "Ciencia y Metodología...", pág. 18.
- (13) VALENTIN ABECIA "Historiografía Boliviana", La Paz 1965.

INDICE

| | Página |
|--|--------|
| Palabras de presentación del Presidente de la Academia Nacional de Ciencias, Ing. Jorge Muñoz Reyes | 7 |
| Ciencia y Metodología de la Historia, Tesis del recipiendario, Dr. Valentín Abecia B.: | |
| 1.— Concepto equívoco de la Historia | 15 |
| 2.— Ambivalencia de la palabra Historia | 19 |
| 3.— El hecho Histórico, el hecho natural y sus categorías | 22 |
| 4.— La estructura Histórica | 26 |
| 5.— El tiempo en la Historia | 31 |
| 6.— El Historicismo en la época moderna | 34 |
| 7.— Diferencia de la Historicidad del hombre y de las cosas | 38 |
| 8.— Lo Histórico y su realidad | 39 |
| 9.— El conocimiento de los hechos Históricos | 41 |
| 10.— La preceptiva metodológica | 47 |
| 11.— Los objetivos de las ciencias, sus métodos y el método de la Historia | 51 |
| 12.— Las fases del método Histórico | 52 |
| a) La heurística | 52 |
| b) La crítica | 53 |
| c) La síntesis y la exposición | 65 |
| Notas y bibliografía | 71 |
| Respuesta al discurso del Dr. Valentín Abecia, por la Académica Sra. Teresa Gisbert | 75 |

La presente segunda edición de
"CIENCIA Y METODOLOGIA
DE LA HISTORIA", se ter-
minó de imprimir el día
20 de Julio de 1977, en
los talleres de la Em-
presa Editora "UR-
QUIZO LTDA." en
La Paz - Bolivia.

